



EVOCACIONES

"No por el ojo de la llave"...

Entusiasmo vital de Claudio Orrego empapa libro dedicado a recordarlo

Un libro para recordar a un hombre joven que ha muerto parece condenado a ser triste, o solemne, o ambas cosas. Sobre todo si el hombre es inteligente, generoso, ha querido y se ha hecho querer sin tasa. Sin embargo, *Tras la huella de Claudio Orrego* (Ed. ICHÉH, 1983) se lee con una mezcla de simpatía, humor y nostalgia y, a ratos, hasta una que otra inevitable carcajada.

El propio Claudio Orrego quizá habría deseado que se le evocara como hace Jaime Celedón, por ejemplo, cuando cuenta que mientras él actuaba en el teatro La Comedia "Claudio, dentro del público, reía constantemente con su risa inconfundible. No podía actuar tranquilo. Llegó el momento en que Carla Cristi me asesinaba con un cuchillo. Caigo al suelo y Claudio comienza con un ataque de risa. Yo tenía que simular un muerto y empecé a reírme como loco. El público, ante lo insólito, hizo lo mismo".

A Celedón no le quedó sino "ponerme de pie, interrumpir la obra y decirle en voz alta: 'Claudio, o sales del teatro o la obra no termina. Tengo que morirte, ¡entíendese!'. Claudio salió y siguió riendo en el foyer". Entonces, añade Celedón, "me morí de nuevo y pude terminar *El cepillo de dientes*".

El libro reúne reflexiones, testimonios y recuerdos de muy diversos autores. Algunos, como Francisco Cuatrecasas, calan fino, hondo y serio: "Cristo en su infinita bondad le permitió atisbar el Reino; no por el ojo de la llave, porque un caballero no lo hace...". Otros, como Percival Cowley, retratan su espíritu: "Era un enamorado", de Dios, de su mujer y sus hijos, sus amigos, "era un enamorado de la vida, de la paz, de la libertad, de la justicia"... "vivía la vida como un día gratuito, como una permanente fiesta".

"El más grande reidor"

Inevitablemente, vuelve el sentido de fiesta. Gastón Cruzat lo recuerda en Llovaina, "la bahadilla en que vivía con Valentina, dos piezas bien reducidas, a las cuales se llegaba trepando por una escalera de pintor". Ahí mismo se tejó la amistad con el sacerdote Cristián Llona, "el nacimiento de Alejandra y su bautismo, cuando algo importante olvidé y a ti te bajó un ataque de risa..."

Para José Manuel Salcedo, "esa risa soy, que nos hizo decir que fue el más gran-

de reidor de Chile, tiene aún la capacidad, al recordarla, de pintar una sonrisa en nuestros labios (alejando la tristeza y la nostalgia)".

En algunas fiestas, anota Alberto Codou, "saludaba y declaraba haber conocido de antes a aquellos ya ennegrecidos capapés de palia". Y Alvaro Santa Cruz cuenta que en el colegio, el profesor de música le pidió que cantara, "Claudio cantó y el profesor, mirándolo perplejo, lo expulsó de clase; creyó que estaba tomándole el pelo". Epílogo: "fueron grandes amigos".

Una liebre "raptada"

Era el epílogo habitual con este hombre hecho para ser y hacerse de amigos. Matías Tagle escribe sobre el placer de discrepar de Claudio Orrego, de quien discrepó en muchos puntos. Una noche —tarde— se despedía de él y Orrego lo invitó a gritar "¡Viva la República!". Tagle recordó la hora, a los vecinos: imposible. Y ya se iba, con su amigo presuntamente convencido, cuando "en medio de la noche escuché un estentóreo ¡¡¡Viva la República!!!". Agrega Tagle: "Mi última discrepancia con Claudio fue su muerte".

Claudio Orrego y Cletario Blest:
un alegre trabajo por la paz y la libertad



Vivía apresurado, y la prisa surge en las evocaciones. Dirigente estudiantil, sociólogo, escritor, político, combatiente pacífico por la libertad, charlista: una impaciencia de fuego parecía conserirlo por dentro. Escribió alegatos heroicos por su patria y la convivencia, por su fe y sus ideas.

Y siempre con tiempo para reír. "Secretaba entusiasmo", según Tomás Moolian. Alvaro Santa Cruz recuerda que una vez convenció a un chofer de liebre para que se desviara de su recorrido y los llevara de vuelta del rodeo en Valdivia de Paine; "nadie protestó. Todos los pasajeros, demorados, sacados de su ruta, gozaban de la conversación y del anecdotario inagotable de nuestro amigo". Como los pasajeros de la liebre, concluye, "siendo que más de 25 años de amistad fueron un viaje muy corto".

Sergio Tobías cuenta que cuando florecían los almendros, Claudio Orrego organizaba una ceremonia increíble. Invitaba a amigos suyos a los que condecoraba... con las medallas que pertenecieran a su padre diplomático. Tobías era su Canciller, y Orrego, Augustus I el Grande. "Con el solo hecho de vernos ya empezaban a reír sin detenerse. Pocas cosas pueden ser más satisfactorias para un gobernante y su único colaborador".

En el fondo, por cierto, Claudio Orrego sabía que se arriesgaba al defender la libertad. Recibió amenazas, anónimos, advertencias. A punto de aparecer uno de sus libros, escribió al sacerdote Percival Cowley para pedir a los que lo querían que, si algo llegaba a ocurrirle, no hubiera odio. Quizá le temía más al odio entre sus compatriotas que a la muerte, que tal vez adelantó en su obsesión por servirlos. G.B.

No por el ojo de la llave" [artículo] G. B.

Libros y documentos

AUTORÍA

G. B.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

No por el ojo de la llave" [artículo] G. B.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile